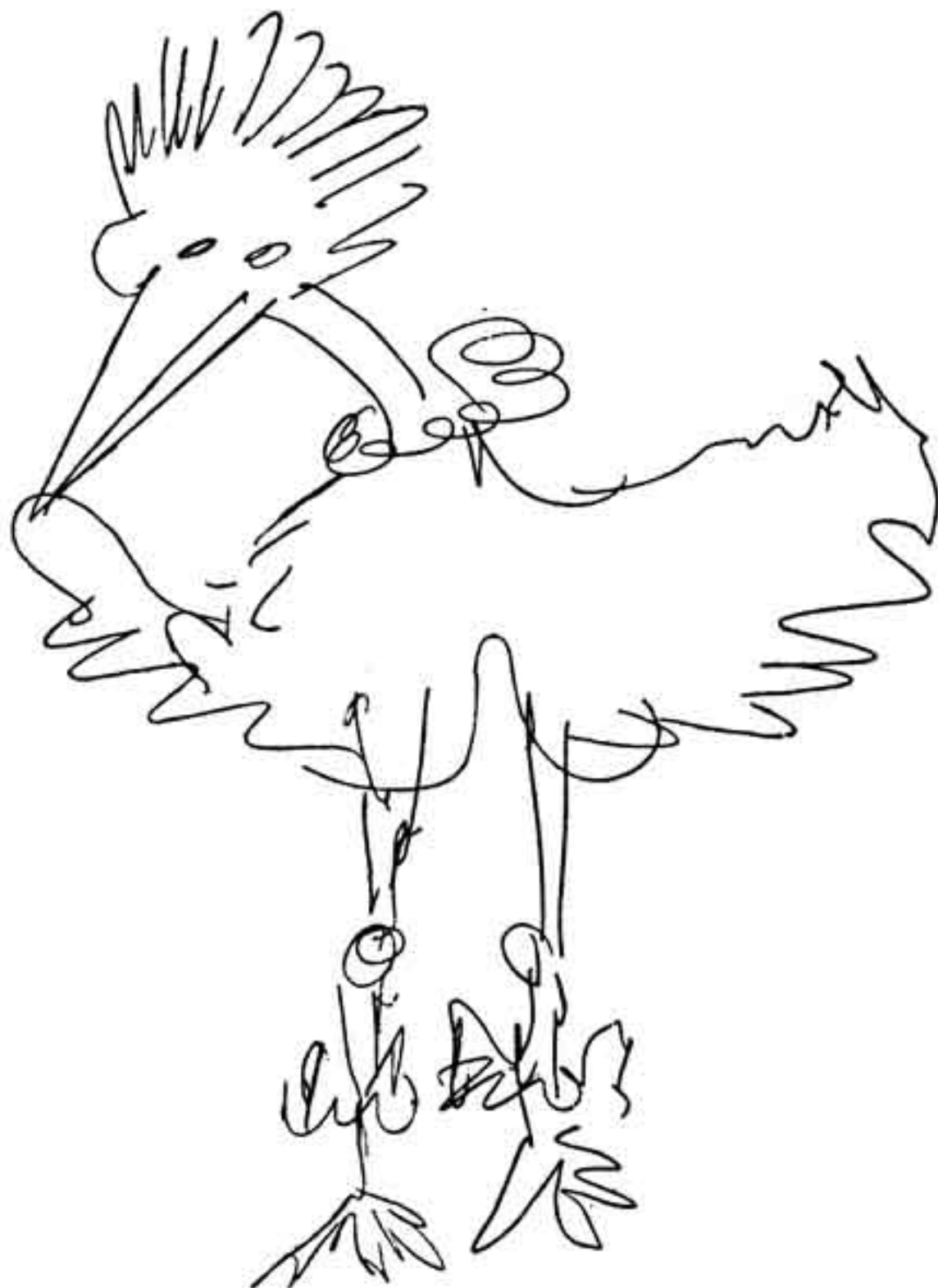


VaRiA

invención



Jacobo Sandoz

Yolanda Fernández Ordóñez / Facultad de Ciencias

Salió corriendo, una mano crispada sobre el agitado pecho, la otra apriando con una fuerza que le hacía daño, el papel que ella le había dejado. ¡No, no podía ser verdad todo esto! Todo era un mal sueño. Pero, ¡qué extraña le parecía esta calle tan conocida! Tan rara, como si de pronto se hubiera transportado a otra ciudad desconocida y odiosa. Sin embargo, todo estaba como siempre: los automóviles, la gente, el ruido, la blancura cegadora de algunos edificios, el mismo sol, el mismo aire tibio bajo ese cielo azul claro de la primavera.

Pasó corriendo a través de la plaza de rojas losetas, en medio de las palomas que, espantadas, emprendieron el vuelo hacia el campanario. Parecía que hubiera pasado el viento sobre un montón de plumas oscuras

y blancas. Los niños y ancianos le siguieron con la mirada y algunos comentaban esta manera de espantar a las inofensivas palomas, a las cuales daban de comer en las palmas de sus manos, de aquellas manos secas ya o lozanas todavía.

A los pocos minutos ya nadie se acordaba de él, ni las aves, que otra vez se posaban, confiadas, sobre los hombros de sus amigos, esperando recibir sus migajas. Eran las palomas, la albura de la paz y el ala negra del misterio, posadas sobre el oscuro de lo antiguo y el claro de lo nuevo.

Él seguía corriendo, atravesando calles, plazas, avenidas y parques bajo el beso del sol, sin escuchar los bocinazos, chirridos de frenos y hasta insultos que, como olas de un mar en tempestad, surgían a su paso.

Llegó por fin, casi sin aliento, con la vista nublada y se detuvo en mitad del puente, viendo flotar en el agua a las nubes y al azul que las enmarcaba. ¿Pero ella...?, ¡a ella no la vio!

Entonces escuchó unas risas. Dos chiquillas tiraban piedras al agua desde la otra orilla, y reían. Corrió hacia ellas.

—¿Se ha tirado alguien al agua?—, les preguntó.

—¡No! ¡Digo, sí! ¿Ves ese árbol? Pues ha estado tirando sus flores—, le respondió una de ellas.

Él miró. Un ciruelo, cansado quizá de tanta flor blanca, las soltaba de sus ramas y ellas se iban, flotando y girando, como las faldas de las bailarinas, entre las imágenes de las nubes y del azul cielo.

Ellas arrojaron otra piedra y el pequeño remolino absorbió una florecilla que pasaba cerca. Él la siguió con su más triste mirada, sin querer hacer nada y sin poder tal vez. La vio desaparecer en el seno de la corriente. Arrojó al agua el papel, ya casi deshecho y con sangre, viéndolo hundirse en el río, que seguía su curso plácidamente.

Mientras, el árbol tiraba más flores, las niñas más piedras y... alguien arrojaba desde lo alto, la inconstancia de las nubes y la inmensidad del cielo.



Árbol de las ramas secas

(FRAGMENTOS)

Antonio Mendoza Peña / Escuela de Ciencias Políticas

El día está a punto de irse.

Es hora de escribir un nocturno, melancólico, nostálgico y lleno de tristeza.

Estoy consultando conmigo mismo, y estoy en espera de algo...

Estoy esperando la necesidad de verterlo todo.

Podría contar la forma como conocí a una mujer que amé más que a otras, pero no me atrevo, porque no sé si la que amé más, fue por ella misma, o